

CUENTO N° 136

TÍTULO: EL CERÁMICO DE LA HABITACIÓN

SEUDÓNIMO: NOZU2022

EL CERÁMICO DE LA HABITACIÓN Seudónimo: NOZU2022

— ¿Me amas? — le preguntó al oído muy bajito, para que nadie lo escuchase excepto ella. Esperó la respuesta respirándole dulcemente enredado en su cabellera y dibujando con sus dedos pequeños corazones imaginarios sobre los anillos de su tráquea.

— Ya te he dicho que sí —le respondió algo molesta y él lo percibió al instante, por el temblor de su voz y por la premura en contestarle.

Ella no entendía por qué era necesario reforzar una y otra vez su juramento de amarlo. Además ¿qué era eso de preguntar algo tan obvio después de haber hecho el amor durante casi dos horas, tal vez más? ¿Acaso no era evidente que lo amaba? Desde hace algún tiempo esa pregunta la enfadaba, aunque no entendía bien por qué. La verdad, ya comenzaba a hartarse.

Quizá se te enfría el amor, le había dicho Margarita entre risas hace algunas semanas, con unas copas demás. Ambas rieron por la ocurrencia, como si fuese un chiste, pero a ella algo comenzó a dibujársele en su interior. Durante varios días no dejó de pensar en aquellas palabras, luego comenzó a preguntarse a sí misma sobre los límites de sus sentimientos y los de su marido. Algunas cosas de él que antes pasaba por alto ahora comenzaron a inquietarla, como su rotunda negación a hablarle de su primera esposa, por ejemplo, de quien solo sabía que lo había abandonado repentinamente, sin aviso previo. Desapareció de mi vida, le dice a modo de respuesta cada vez que ella lo interroga, pero esa explicación no le parece suficiente.

Al principio, durante su primer año de matrimonio, creía que esa manía de preguntarle por la cantidad de su amor era una costumbre ligada a su crianza. Sabía que en el seno de algunas familias acostumbran a recordarse lo mucho que se aman; durante su niñez lo vio con frecuencia en las familias de sus amigos. No

era su caso. Sus padres no verbalizaban el cariño que se profesaban el uno al otro y, además, ella siempre dio por descontado que en casa todos se amaban. El hombre, en cambio, se lo preguntaba cada vez que ella salía hacia su trabajo y también cuando regresaba, casi como un rito, porque sin su respuesta él sentía que algo le faltaba, que no la poseía enteramente.

¿Estará pensando en otro? se preguntó el hombre alarmado mientras sus dedos le recorrían el cuello. Sintiendo aquel roce, un cosquilleo helado recorrió la espalda de ella y él sintió en la yema de sus dedos cómo se le erizaba la piel. Raquel también lo sintió, la piel de ella y los dedos de él.

— ¿En quién piensas? —le preguntó ahora el hombre con su cara hundida en el cuello y aun dibujando sobre su piel.

— En ti, por supuesto.

Raquel había escuchado desde el principio el susurro del hombre, porque nada que saliese de la boca de él se le escapaba, y algo se removió en su estómago helado y vacío. No porque aquellas palabras le fuesen ajenas, se las había murmurado a ella misma cientos de veces, sino porque las había formulado en medio de los sonos del bolero aquel que evitó escuchar durante varios años porque le traía recuerdos dolorosos. Supo con ello que, después de tanto tiempo, él la recordaba y que su larga ausencia lo enfurecía.

Yo también enfurezco, querido, cada vez que no me dejas conciliar el sueño, le dijo Raquel e intentó cambiar su posición, pues comenzaba a enfriársele un costado, justo aquel que enfrentaba el viento de otro invierno más que se colaba por debajo de la puerta. Se removió allí, en ese lugar frío y estrecho, intentando ponerse cómoda y escabullirse del castigo eterno de escuchar la voz odiada del hombre. Le gritó maldiciones que él no escuchó, aunque sintió en su lugar un leve tironeo de las sábanas de la cama que tocaban el piso.

Una mueca divertida se dibujó en la cara del hombre, porque pudo sentir su presencia ¡Cuánto la extrañaba! Siempre te amaré, le dijo muy bajito y Raquel lo

escuchó claramente. Aquello la enfureció aún más, porque aquel amor no le permitía descansar y también porque si él la pensaba ella no podría irse de una buena vez. Ansiaba marcharse de allí y refugiarse en casa de sus padres ¡Aquel apacible amor que ellos le profesaban le hacía tanta falta!

Siempre te amaré, volvió a susurrar el hombre con la esperanza de que le dijese algo por fin, cualquier sonido, por más leve que fuese, lo tranquilizaría. Al escucharlo, Raquel se movió intentando esta vez dejar sus oídos fuera del alcance de aquella voz. No lo logró. Por más esfuerzos que hizo, las palabras del hombre continuaron retumbando en sus oídos muertos.

Hoy cambiaré el cerámico, le dijo a ella por la mañana, de cuclillas mientras sus dedos recorrían con cierta ternura una pequeña fisura en el piso, justo bajo la cama. Ella apenas le prestó atención, porque hacía ya un tiempo que consideraba que eso de cambiar cada tanto el cerámico de la habitación era otra de sus manías.

— ¿Me amas? —le preguntó el hombre mientras ella caminaba hacia la puerta para irse al trabajo.

— Claro que si —respondió de manera automática, casi como si fuese un rito.